

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
como hija, esposa y madre,
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
Muéstranos tu protección de Madre
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

ESQUEMA:

1) La experiencia de nacer.....	1
2) El palacio de la memoria.....	2
3) La memoria de María y de la Iglesia.....	4
4) La importancia del hogar.....	5
5) Para concluir.....	6
6) Concretando.....	6
7) Compromiso.....	7
8) Y ¿cómo puedo ampliar?.....	7

TEMA 2. El nacimiento, la memoria, y la casa

Tras haber visto en el primer tema cómo ser hijo significa ser generado y recibir el don de la vida, en este segundo tema nos proponemos ahondar en que ser hijo significa nacer de otros, recordar nuestro origen y la importancia del hogar. María nos ayudará como memoria viva de la Iglesia a penetrar en el misterio del nacimiento, de la memoria y de la casa.

1. La experiencia de nacer

La liturgia de la Iglesia celebra la Natividad de María (8 de septiembre), la Natividad de San Juan Bautista (24 de junio) y la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo (25 de diciembre). Si los paganos celebraban el culto a los difuntos el día del nacimiento de la persona recordada, los cristianos celebraron el día de su muerte, pero entendido como el día del nacimiento a la vida eterna (*dies natalis*). De este modo, la liturgia celebra con gran frecuencia en las fiestas de los santos el día de su nacimiento, su *dies natalis*.

Una filósofa contemporánea, Hannah Arendt, ha desarrollado una filosofía de la natalidad. Frente al pesimismo de Heidegger que concibe al hombre como un ser para la muerte, para esta pensadora judía el hombre más que un ser para la muerte, es un ser desde la vida. En este sentido, los hombres no son mortales sino que son “natales” en tanto que no vinieron al mundo para morir sino para comenzar. El nacimiento es, para ella, el milagro que salva al mundo. Por el nacimiento ingresamos en el mundo visible. Cada nuevo ser humano, a pesar de nacer a un mundo preexistente, lejos de ser una mera criatura que aún no se ha terminado de hacer, representa la oportunidad de un nuevo comienzo, el cual se convierte ya en un ingrediente básico de futuras acciones existenciales fundamentadas en la libertad como atributo inalienable.

El nacimiento es algo más que un suceso biológico o el resultado del curso inevitable de procesos determinantes. El significado del nacimiento reside en que es un acontecimiento de novedad radical en el mundo. Tras haberlo gestado en el seno materno, los padres contemplan por primera vez el rostro de su hijo. Es una experiencia absolutamente única, en la que ambos ven el fruto de su amor hecho carne. El premio nobel de Literatura Françoise Mauriac afirma que “cada vez que un artista hace un rostro, reinicia el arte”; de modo semejante, podemos decir que cada vez que una persona nace y contemplamos su rostro acontece una novedad única, un nuevo inicio. El rostro humano es *epifanía* (“manifestación”) de la persona y fuente de inspiración permanente. Cuando vemos a un recién nacido surge casi espontánea, junto al comentario típico (“¿a quién se parece?”), la pregunta sobre el futuro.

De nuestro nacimiento tenemos noticia por los más cercanos. Son ellos los que se encuentran en el origen de nuestra memoria, pues nos transmiten dónde y cuándo nacimos, que nos relatan los recuerdos de aquellos primeros años que de otro modo serían inaccesibles para nosotros. Los padres enseñan a sus hijos a recordar.

2. El palacio de la memoria

En la pedagogía contemporánea se ha hecho la guerra al “repetir como un papagallo”, al memorismo como práctica pedagógica o método de estudio en que se da más importancia a la memoria que a la inteligencia. Recitar de memoria la lista de los reyes godos es el ejemplo que encarna este hoy denostado enfoque pedagógico. Es verdad que memorizar no es lo primero en el aprendizaje; pero al mismo tiempo memorizar es esencial para un estudiante, pues el proceso del aprendizaje culmina en la memorización. La preocupación por la mnemotecnia, *ars memoriae* o arte que procura aumentar el rendimiento de la memoria por medio de reglas, es muy antigua. La *memorización* de las enseñanzas ha de ir siempre acompañada de la *rememoración* de figuras ejemplares y de la *conmemoración* de los acontecimientos importantes.

S. Agustín, en el libro X de sus Confesiones, nos habla de la memoria a través de esta imagen espacial de un gran palacio con amplios salones (junto a ella, otra imagen que emplea es la de una inmensa aula, *ingens aula*), cuyas puertas de acceso son los sentidos. La potencia de la misma es muy grande, su capacidad es inmensa porque todo lo que está en la memoria está en el espíritu. Para el obispo de Hipona, la naturaleza de la memoria consiste en trascender la experiencia presente y albergar el pasado, igual que la naturaleza del deseo es trascender el presente y extenderse hacia el futuro. Para él hay un triple presente: el presente del pasado es la memoria, el presente del futuro es la espera, el presente del presente es la intuición. La rememoración es para él primariamente recogimiento, “recogerse de la dispersión”. A este recogimiento le guía “el amor de Tu amor”, que ni es ni podría ser objeto del deseo. Trascendiendo las facultades perceptivas se alcanzan los campos y palacios de la memoria para encontrar en el origen del propio ser la vida feliz.

El hecho decisivo definitorio del hombre como ser que recuerda es el nacimiento o la “natalidad” por el que hemos entrado en el mundo. La fuente del recuerdo es la gratitud por el don de la vida. El hombre es capaz de actuar como



iniciador e incoar la historia de la humanidad porque puede conocer su comienzo u origen, puede hacerse consciente de él y recordarlo. De la memoria nace para Agustín la virtud de la esperanza (*ex memoria spes*), porque la memoria nos dirige hacia Dios como origen de todo recuerdo. Esta esencial conexión entre memoria y esperanza es fundamental para la familia. En la tradición judía, en el ritual de la Pascua llamado *séder*, el hijo pregunta al padre que le explica el significado de la fiesta haciendo memorial (*zikaron*) de los acontecimientos que se evocan en ella. La memoria nos permite vivir el pasado en el presente, y edificar en el presente los proyectos y las esperanzas del futuro. Conforme la misericordia divina va purificando nuestra memoria va trocando la existencia humana en esperanza. Por ello Agustín repetirá por tres veces en la Confesiones que “toda mi esperanza no está sino en tu grandísima misericordia” (X, 29, 40; X, 32, 48; X, 35, 57).

La memoria, si recuerda, también olvida y, por tanto, “contiene” el olvido (*inesse oblivionem in memoria mea*). El hombre ni lo recuerda todo ni lo olvida todo. En el cine contemporáneo dos películas han puesto de manifiesto esto. La primera titulada “Memento”, una película americana del año 2000 que narra la historia de un investigador de una agencia de seguros cuya memoria ha sido irreversiblemente dañada por culpa de un golpe en la cabeza sufrido al intentar evitar el asesinato de su mujer: éste es el último hecho que recuerda del pasado. Como consecuencia de esta amnesia, los acontecimientos cotidianos desaparecen de su mente en breves minutos, por lo que para llevar a cabo su investigación recurre a una cámara instantánea y a las notas tatuadas en su cuerpo. La segunda del 2010 es del mismo director, Christopher Nolan, y lleva por título “Origen”. En ella se narra la historia de un hábil espía que obtiene valiosos secretos desde las profundidades del subconsciente durante el estado de sueño cuando la mente es más vulnerable.

Los recuerdos de cada persona se hunden en el tiempo de su propia y singular biografía y le acompañan siempre. La familia es el lugar de la memoria. En la tradición familiar, a veces de generación en generación, se guarda memoria de los acontecimientos o prácticas familiares. La razón de ello es que la memoria tiene una estructura afectiva, pues ella es capaz de despertar multitud de afectos. Nuestra memoria es limitada, no podemos recordarlo todo porque nuestra actividad memorativa no abarca la plenitud del ser. Nuestro nacimiento, por ejemplo, es inalcanzable para nuestra memoria. La memoria revela, desentierra la realidad, la trae de nuevo. El referente último de la memoria es el pasado. La memoria es el recuerdo de un pasado vivido o imaginado. La memoria, por naturaleza, es afectiva, abierta a todas las transformaciones, inconsciente de sus sucesivas transformaciones, vulnerable a toda manipulación, susceptible de permanecer latente durante largos períodos y de bruscos despertares.

La memoria aunque sea psicológicamente vivida como individual siempre es un fenómeno colectivo. El tema de la memoria se encuentra hoy en auge, es un fenómeno muy presente en nuestra sociedad. El historiador francés Pierre Nora ha hablado de los lugares de memoria. El cuerpo es el lugar de la memoria del hombre. El olvido refleja la debilidad de nuestra memoria, impedida tantas veces para recordar algo. El olvido del hombre contrasta con la memoria de Dios: “¿Puede una madre olvidar al niño que amamanta, no tener compasión del hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvidara, yo no te olvidaré” (*Is* 49, 15). La

memoria divina está, de este modo, unida a su misericordia, a su compasión. Y es que la memoria del amor nos hace misericordiosos.

3. La memoria de María y de la Iglesia



En 2010 se encontró en el sótano de la Universidad de Yale un cuadro atribuido a Velázquez, titulado “La educación de a Virgen María”. La tabla, datada hacia 1617, parece pertenecer a los primeros años de pintor, pintada cuando él tendría 18 años. En ella se representa a la Virgen niña aprendiendo entre sus padres con un libro en las manos. El tema elegido provocó discusiones en los círculos intelectuales de la Sevilla del siglo XVII. Tras la reforma protestante, se representaba la figura de María y su vida, con imágenes cercanas al pueblo cristiano. Y es que María se sitúa en la historia de la salvación en la relación entre Cristo y la Iglesia.

María aprende. En el apócrifo Evangelio armenio de la infancia se lee que María tenía tres años, cuando sus padres la llevaron al templo, y en él permaneció doce. Al cabo de un año, sus padres murieron por lo que María recibió su formación en el templo de los sacerdotes entroncando con Zacarías. Más allá de estas hipótesis apócrifas, María aprende con sus padres en su casa de Nazaret. Joaquín y Ana enseñan a María a hablar, a leer, a introducirse en la realidad y en la historia de la salvación. María se introduce en la historia de la salvación a través de su propia historia familiar, en las relaciones con sus padres. Desde su familia madura su narratividad hacia la familia de Nazaret. La urdimbre de sus recuerdos va tejiendo su identidad relacional.

¡Grande es el poder de la memoria! decía Agustín. En el misterio de María se entrelazan la memoria personal y la memoria colectiva de un modo único. La Sagrada Escritura nos dice por dos veces que María “conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón” (Lc 2, 19.51). El evangelista Lucas nos transmite un rasgo exquisito y ejemplar de la personalidad espiritual y psicológica de la Virgen: es una mujer reverente, que acoge y atesora todo lo que viene de Dios, lo medita, lo guarda y custodia en su corazón. No olvida, sino que vive nutriéndose día a día de esta cordial memoria, y de esa manera permanece fiel a Dios incluso en los momentos de mayor prueba. El corazón es el órgano de la memoria. El verbo griego que usa el evangelista, (*symbállousa*), en sentido literal significa “poner juntamente” y evoca un gran misterio que es preciso descubrir poco a poco. María se esfuerza, así, por comprender las palabras y las acciones de Jesús: las conservaba en la memoria de su corazón confiriéndolas, ponderándolas, haciendo una síntesis personal de ellas, en una actividad rememorativa y meditativa incesante y actualizándola cuidadosamente. De este modo, María nos invita a escuchar la palabra de Dios en familia, a “leer” los acontecimientos de nuestra vida cotidiana a la luz del designio de Dios.

“El Espíritu Santo será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho” (Jn 14, 26). El Espíritu actuando en el corazón de la Virgen la ha ido transformado en maestra de la memoria de su Hijo. La memoria del misterio

pascual convierte a María en “Iglesia naciente”. La Iglesia nace y crece gracias a la fe de María. A través de sus recuerdos, la Iglesia participa de este misterio que la funda. De este modo, a través de la memoria de María, la Iglesia puede penetrar en los misterios de la vida de Cristo. La memoria de María es una memoria creyente. Como afirma la encíclica *Lumen fidei*: “La fe no sólo mira a Jesús, sino que mira desde el punto de vista de Jesús, con sus ojos (*Lumen fidei* n. 18). La misma encíclica nos explica que la fe es siempre un acto de memoria por ser respuesta a una Palabra precedente, pero “sin embargo, esta memoria no se queda en el pasado, sino que siendo una promesa, es capaz de abrir el futuro, de iluminar los pasos a lo largo del camino. De este modo, la fe en cuanto memoria del futuro, *memoria futuri*, está estrechamente ligada a la esperanza (*Lumen fidei* n. 9).

4. La importancia del hogar

La casa tiene una importancia simbólica fundamental. Al nacer pasamos del seno materno a vivir en el mundo abierto que requiere un ámbito donde ser acogidos, queridos. La cuna que nuestros padres han preparado con cariño se convierte en un lugar donde habitamos. El poeta latino Virgilio (70-19 a.C.), en la Égloga IV de sus *Bucólicas*, afirma que el niño comienza a conocer a su madre en la sonrisa (*Incipe, parve puer, risu cognoscere matrem*).

Benedicto XVI hablando a los jóvenes en su viaje a Polonia el año 2006 les habló del deseo de una casa: “en el corazón de cada hombre existe el deseo de una casa. En un corazón joven existe con mayor razón el gran anhelo de una casa propia, que sea sólida, a la que no sólo se pueda volver con alegría, sino también en la que se pueda acoger con alegría a todo huésped que llegue. Es la nostalgia de una casa en la que el pan de cada día sea el amor, el perdón, la necesidad de comprensión, en la que la verdad sea la fuente de la que brota la paz del corazón”. El deseo de una casa no se reduce lógicamente al deseo de comprar o alquilar un piso para poder vivir, sino que representa el deseo de una comunión interpersonal, un deseo íntimamente unido al deseo de felicidad, al deseo de una vida grande y plena.

Para llegar a colmar esta aspiración, el hombre ha de aprender a amar, ha de aprender a vincularse y a entrar en las relaciones que le constituyen. Benedicto XVI, les lanzó, a continuación, una pregunta decisiva no solamente para ellos sino para toda familia: “¿Cómo construir esta casa? Es una pregunta que seguramente ya os habéis planteado muchas veces en vuestro corazón y que volveréis a plantearos muchas veces. Es una pregunta que es preciso hacerse a sí mismos no solamente una vez. Cada día debe estar ante los ojos del corazón: ¿cómo construir la casa llamada vida?”. El hombre tiene una vocación “constructora”. Edificar una casa es una obra de sabiduría. En el Antiguo Testamento aparecen dos construcciones arquetípicas: el arca de Noé (cf. *Gn* 6,14ss) y la torre de Babel (Cf. *Gn* 11, 1-9). El contraste entre ellas es muy patente. La torre de Babel es paradigma de una construcción técnica. Los hombres la construyen para “tocar el cielo”, para demostrar hasta dónde pueden llegar sus capacidades. En el arca, que tiene las medidas de un templo, entra una familia, la de Noé, que va a esta unida a la acción salvadora de Dios. Dios manda construir el arca que va a flotar sobre las aguas, porque el fundamento de la misma va a ser Dios mismo. Jesús, en el evangelio según san Mateo, nos exhorta a construir sobre roca. Solamente así la casa no se



desplomará. Pero ¿qué quiere decir construir la casa sobre roca? Construir sobre roca quiere decir ante todo: construir sobre Cristo y con Cristo. Jesús dice: "Así pues, todo el que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica, será como el hombre prudente que construyó su casa sobre roca" (Mt 7, 24)". La Iglesia está edificada sobre Cristo, y él mismo ha puesto a Pedro como piedra de la misma. La debilidad humana y la fuerza de Dios se alían de un modo sorprendente y paradójico, como también ocurre en la familia. En una cultura de lo provisional y de lo efímero, fundar una casa sobre la roca del amor de Dios es contracultural.

El hombre construye un lugar donde vivir. El amor humano cuando se apoya en el amor divino es una potencia constructora. Si los animales se adaptan al medio y construyen sus nidos o guaridas, el hombre transforma su entorno de un modo cualitativamente superior para construir edificios que son signos de una cultura. Cada una de ellas tiene sus edificios emblemáticos con los que, de algún modo, se identifica por su alto valor simbólico. Edificar una casa es una obra común. La colaboración entre los miembros es indispensable para generar una comunión. El hombre no edifica por una necesidad intrínseca, ni por un criterio puramente utilitario, sino que edificando expresa algo de sí mismo, algo de la grandeza de su vocación.

El primer año estudiamos el volumen titulado "Betania, una casa para el amigo". Nuestras casas desean ser hogares donde Jesús sea el Señor, donde podamos crecer juntos con Él. Así se refleja en el icono que representa también lo que deseamos ser. Para que este deseo no sea vano es preciso mediaciones concretas, prácticas que lo hagan realidad. Un casa no reduce a un espacio vital, sino que son nuestras relaciones, nuestra vida común cotidiana. ¿Cómo es nuestra casa? ¿Cómo crecemos en nuestras relaciones familiares? En este sentido, una casa es siempre una realidad viva y dinámica.

La casa tuvo un papel fundamental en el cristianismo primitivo. En los Hechos de los Apóstoles se nos narra cómo familias enteras se convierten a la fe por el anuncio de los apóstoles, y que la casa (la *domus*) era el lugar de reunión de los cristianos. La *domus ecclesiae* fue el lugar de culto cristiano durante los primeros siglos, sustituido después por las basílicas y templos cristianos.

5. Para concluir

La filiación encuentra en la experiencia del nacimiento una visibilidad sorprendente. Ver el rostro del recién nacido es para los padres un cambio cualitativo en su relación mutua y con el hijo. La memoria del origen es inalcanzable para el hombre, nuestra memoria descansa en la de los demás y la suya se apoya en la nuestra. Conmemorar, rememorar y memorizar son acciones profundamente familiares, pues están transidas de la afectividad como unión con las personas queridas. La Virgen es maestra del recuerdo, pues nos ayuda a penetrar en el amor y conocimiento de Cristo, el Hijo amado del Padre. La casa es lugar de la memoria. Construir la casa, edificar la familia es hoy más necesario que nunca.

6. Concretando

1. ¿Por qué el hombre es un ser más "natal" que "mortal"?
2. ¿Por qué es importante la memoria? Comenta su naturaleza afectiva

3. La práctica del Rosario y la memoria de la Virgen ¿Rezáis el Rosario en familia alguna vez? ¿Cómo lo rezas? ¿Qué luces o dificultades encuentras?
4. ¿Cómo es tu casa? ¿Vivís a gusto en ella? ¿Qué “reformas” necesita tu hogar?

7. Compromiso

- Asistir a la actividad de Galilea (sábado 8 de noviembre, a las 17,30h)
- Recordar a los componentes del equipo en el Rosario de este mes
- Rezar por nuestros difuntos en este mes de noviembre

8. Y ¿cómo puedo ampliar?

BENEDICTO XVI, Viaje apostólico a Polonia, Encuentro con los jóvenes *Cracovia-Błonia*, (sábado 27 de mayo de 2006):

http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/speeches/2006/may/documents/hf_ben-xvi_spe_20060527_giovani-krakow_sp.html

P. RICOEUR, *La memoria, la historia, el olvido*, Trotta, Madrid 2010.